

El programa de milicias y su crítico académico

León Trotsky
5 de agosto de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 119-125; también para las notas. 5 de agosto de 1919. Publicado en *Voeno Dielo*, número 25 (54).)

El profesor Svechin, de nuestra academia militar, ha criticado el programa de milicias. Su crítica quiere demostrar que las milicias no son útiles desde el punto de vista militar, son incompatibles con una época de guerra civil, y representan una especie de supervivencia inoperante de la ideología democrática (*Voeno Dielo* [*Asuntos Militares*], número 40-41).

El punto de partida del autor es superlativamente simple: las milicias constituyen una especie de expresión armada de todo el pueblo, de todas sus clases o partidos. Pero en la guerra civil sólo puede dominar un partido, una clase. Y una dictadura de este género estará tanto más asegurada cuanto más lejos esté el ejército de la amorfia miliciano cuanto más penetrado esté cada regimiento de su “espíritu corporativo regimental”.

Un ejército con capacidad de combate es impensable sin un mando con autoridad, pero los comandantes de milicia, por ser instructores escolares, no disponen de ninguna autoridad efectiva. De ahí la conclusión: “Devolved al cuartel sus maravillosas propiedades, utilizadlo para modelar al soldado rojo de acuerdo con el tipo que hoy es añorado en los campos de batalla, y entonces veréis la sonrisa, la mano tendida; habrá pan y las ruedas de las fábricas volverán a girar”.

Una vez que ha demolido el sistema miliciano, el profesor Svechin se plantea una cuestión suplementaria: ¿Por qué los dirigentes soviéticos del ejército no renuncian al ideal miliciano? Nuestro académico militar tiene la respuesta pronta: porque, vean ustedes, los dirigentes soviéticos “no se deciden a romper con el viejo programa miliciano de la Segunda Internacional”. ¡Cómo progresamos! ¡Y pensar que algunos misántropos acusan gratuitamente a los especialistas militares de no querer impregnarse con los principios de la nueva concepción del mundo! Debemos reconocer, verdad es, que en los artículos de Svechin no queda muy claro si ajusta las cuentas a la Segunda Internacional en calidad de secreto partidario de la Tercera, o en calidad de bonapartista seminconsciente, postrado admirativamente, todavía, ante el campo de Wallenstein¹ (Véase su artículo en *Voeno Dielo*, número 15).

Pero volvamos a los argumentos militares y políticos contra las milicias. Según Svechin, como acabamos de ver, la milicia no puede ser “roja” puesto que refleja todas las clases y todas las tendencias del país. ¿Pero en qué se diferencia esta situación de la del ejército permanente? Creado sobre la base del servicio militar general, el ejército permanente refleja, exactamente lo mismo, todas las contradicciones de la sociedad de

¹ A fin de caracterizar las concepciones del profesor A. Svechin sobre “El campamento de Wallenstein” cito dos frases de su artículo “Tipos cultural clasistas de ejército”, en la revista *Voeno Dielo*, número 15: “La justa edificación del ejército de la república sólo comienza cuando supera su temor a que aparezca el general sobre caballo blanco, cuando renuncie a todas las formas de prevención (milicias, instrucción generalizada, consejos militares, consejeros) a privar a los jefes de poder efectivo, y en particular a los comandantes de ejército [...]. En el aislamiento y la independencia de influencias civiles del campamento de Wallenstein, en su esencia antimiliciano y en su tolerancia (religiosa, política y social), en la concentración de todos sus esfuerzos para formar una concepción de vida específica del soldado, se contiene una gran fuerza edificadora”.

clases. A fin de fortalecer su dictadura después de haber arrojado del poder a las clases poseyentes, el proletariado desarmó, primero, a esas clase y después les cerró el acceso a la nueva organización militar. El profesor Svechin se olvida de un pequeño detalle: el carácter de clase del Ejército Rojo y las bases rigurosamente clasistas en que descansa la instrucción militar general, de la cual están excluidos todos los ciudadanos que explotan trabajo ajeno, así como los comprometidos en actividades contrarrevolucionarias.

Pero el ejército miliciano no pasa por el cuartel, con sus “maravillosas propiedades”. La milicia no es capaz de dar a sus regimientos “el temple necesario mediante el espíritu corporativo”.

¡Semejante fe ciega en la influencia todopoderosa del cuartel resulta un tanto anacrónica, a la altura de 1919, en un oficial de viejo ejército ruso! Ese “cuartel maravilloso” no ha salvado a nadie ni nada con su propiedad de modelación. Y no sólo nuestro cuartel ruso. El cuartel más cuartelario de todos, el mejor concebido y más metódicamente utilizado, el cuartel alemán, tampoco salvó nada. El profesor Svechin, al parecer, no quiere o no sabe reflexionar sobre esto. Oyó hablar vagamente del hundimiento de la Segunda Internacional, pero del hundimiento de los ejércitos cuartelarios, ni palabra. Dadas sus funciones no tenía que enterarse. Simplemente.

Svechin recuerda el armamento de los militantes del partido en las jornadas de julio de 1918 y hace la siguiente conclusión: “En periodo de guerra civil sólo es concebible la milicia de partido, puesto que el partido, con su educación e influencia moral reemplaza, hasta cierto punto, al cuartel”.

No está mal dicho: es indudable que los rasgos mejores, necesarios, cuya forja Svechin espera del cuartel, son inculcados por el partido comunista: disciplina, aptitud para la acción concertada, subordinación del yo al colectivo, alto espíritu de sacrificio. Que nuestro partido dio efectivamente, y sigue dando, esa educación a sus miembros, no necesita demostración. ¡Pero esto lo ha hecho y lo hace sin cuarteles!

Más aún: los métodos del partido son diametralmente opuestos a los métodos de cuartel que Svechin quisiera eternizar.

El cuartel es coercitivo; el partido, una unión voluntaria en todos los sentidos. El cuartel es jerárquico; el partido, una democracia ideal. El partido nutrió sus filas bajo las penosas condiciones de la clandestinidad, llamaba a una lucha llena de sacrificios, sin prometer ni dar recompensas. Y ahora, siendo la fuerza gobernante del país, el partido comunista impone a miles y decenas de miles de sus miembros las cargas más pesadas, los coloca en los puestos más difíciles, responsables y peligrosos. Pese a todas las adversidades, la disciplina del partido no ha sido quebrantada, es incommovible. Por lo demás, los vínculos de partido tienen un carácter puramente voluntario, no coactivo. El partido es el polo opuesto del cuartel.

El profesor Svechin olvidó, al parecer, que el partido revolucionario clandestino, con su disciplina libremente consentida, entabló la lucha contra la monstruosa autocracia carcelaria, la venció y arrancó el poder a las clases que se apoyaban en las embrutecedoras (“maravillosas”) propiedades del cuartel.

Si ahora no es posible generalizar la instrucción militar, en la misma medida y por análogas razones no es posible ahora proceder a la edificación económica y cultural en amplia escala. No sólo nos vemos obligados a retrasar la organización de la enseñanza para todos, sino incluso a cerrar escuelas soviéticas. Si soy agredido en mi taller y agarro la culata de un fusil inacabado para defenderme del bandido, ello no significa que el fusil terminado sea inútil o inadecuado para esa situación. Si, de momento, me han impedido terminarlo, una vez que le he roto la cabeza al bandido con la culata terminaré de hacer el fusil y estando armado me defenderé mejor.

Para reconstruir nuestras fuerzas sobre la base del principio miliciano, y hacerlas así incomparablemente más potentes, necesitamos ganar una “tregua” histórica de mayor o menor duración. Ello nos permitirá aplicar a la edificación de las fuerzas armadas, de manera más plena y sistemática, ese método más seguro y profundo, más duradero, que el mismo profesor Svechin reconoce como susceptible de “reemplazar al cuartel hasta cierto punto”; el método de la educación y la cohesión comunistas. Durante una nueva tregua histórica más prolongada el actual Ejército Rojo destacará de su seno cuadros de excelente calidad para desarrollar y consolidar la instrucción militar general y formar un ejército miliciano.

El profesor Svechin tiene razón, naturalmente, cuando dice que el partido reemplaza al ejército “hasta cierto punto”. El partido, como tal partido, no da a sus miembros instrucción militar, y de lo que estamos tratando, justamente, es de crear un ejército. Pero nadie puede negar que 3.000 miembros del partido, siguiendo durante uno o dos meses un curso de escuela militar (“cuartel”), pueden formar un excelente regimiento. Los comunistas, constructores conscientes de un mundo nuevo, no necesitan de “educación” cuartelaria. No necesitan más que instrucción militar, y como gracias a su formación ideológica y a su receptividad aprenden rápidamente lo que se les enseña, un simple curso breve en una escuela militar suple en ellos la estancia en el cuartel. Además, toda la clase obrera, todo el pueblo trabajador, constituyen en realidad grandes reservas del partido comunista. Las capas atrasadas se elevan a un nivel superior, secretando nuevos y nuevos elementos conscientes, capaces de iniciativa. La revolución despierta, enseña, educa... La ignorancia y el oscurantismo son condiciones poco favorables para el desarrollo de las milicias. Mas en eso consiste justamente la tarea histórica esencial del poder soviético: en sacar a las masas trabajadoras de una existencia vegetativa semihistórica, de un oscurantismo aniquilador, que durante tanto tiempo fueron aprovechados y remodelados en el crisol de los cuarteles erigidos en perlas de la formación de hombres. Si el profesor Svechin piensa que el partido comunista llegó al poder para reemplazar el cuartel tricolor por el cuartel rojo, quiere decirse que no ha asimilado muy bien el programa de las tres internacionales.

La objeción de que la milicia no puede tener un mando con autoridad asombra por su miopía política. ¿Acaso la autoridad del actual mando del Ejército Rojo ha sido creada vía cuartel? No importa qué mando subalterno sabría responder a esta cuestión. La autoridad del mando no reposa ahora en las virtudes salvadoras del cuartel sino en la autoridad del poder soviético y del partido comunista. El profesor Svechin, simplemente, no se ha dado cuenta de que ha habido una revolución, la cual ha producido una grandiosa transformación espiritual del obrero ruso, Para él el mercenario del campo de Wallenstein, analfabeto y borracho, embrutecido por el catolicismo y corroído por la sífilis; el aprendiz parisién que bajo la dirección de periodistas y abogados tomó al asalto la Bastilla en 1789; el obrero sajón miembro del partido socialdemócrata en la época de la guerra imperialista, y el proletario ruso que ha sido el primero, en la historia mundial, en tomar el poder; todos ellos, no son otra cosa que carne de cañón, del mismo valor más o menos, para ser remodelada en el cuartel. ¿No es esto burlarse de toda la historia de la humanidad? Para crear las milicias, explica Svechin, es necesario que no baya guerra civil. ¿Y para la creación del ejército permanente? La guerra civil comienza, justamente, por romper el ejército, el cual no nació de la guerra civil, sino que la precedió. La guerra civil victoriosa crea un nuevo ejército a su imagen y semejanza.

¿Pero acaso la guerra civil en el sentido estrecho en que la toma Svechin, es decir, la guerra de clases en el marco de una sola nación, constituye una ley inmutable de la existencia social? La guerra civil representa un periodo transitorio, agudo, hacia un nuevo régimen. Es seguida de la dominación plenamente consolidada de la clase obrera.

Eliminados los obstáculos interiores, la clase obrera emprenderá su labor económica y cultural, disolviendo definitivamente en la trama orgánica de la nueva sociedad los antiguos elementos burgueses, sin dejar base social alguna para otras clases, con sus intereses y pretensiones. Una vez realizada en lo fundamental esta labor, la dictadura del proletariado se diluirá sin residuos en la nueva sociedad comunista, es decir, en la colectividad social armoniosa que por su estructura misma excluye la posibilidad de guerras internas.

El régimen comunista necesitará tan poco el cuartel para la educación de sus miembros como los miembros de la comunidad primitiva de pastores y cazadores, iguales entre sí, lo necesitaban para defender en común sus pastos, su caza y sus familias contra el enemigo exterior. Es indudable que entre la futura sociedad comunista y las tribus primitivas de cazadores media un inmenso recorrido histórico con todos los progresos que implica. Pero entre esos dos polos hay algo de común: la sociedad primitiva no se había dividido aún en clases; la sociedad comunista habrá superado ya la división en clases. Ni allí ni aquí hay intereses antagonistas. De ahí que en el momento de peligro está asegurada, por anticipado, la participación voluntaria y consciente en la lucha de todos los miembros de la sociedad instruidos militarmente, sin necesidad de ningún “espíritu de cuerpo” artificial.

El desarrollo del régimen comunista irá de par con el desarrollo intelectual de las más amplias masas populares. Lo que en el pasado daba el partido, fundamentalmente a la capa avanzada de los trabajadores, lo dará cada vez más a todo el pueblo la organización misma de la sociedad, el conjunto de sus estructuras internas. Si el partido “reemplazaba” al cuartel en el sentido de que cohesionaba a sus miembros y los formaba para sostener una lucha colectiva llena de sacrificios, la sociedad comunista poseerá esa cualidad en un grado incomparablemente superior. El espíritu corporativo en un sentido amplio es el espíritu colectivista. No lo engendra sólo el cuartel sino también una escuela bien concebida, sobre todo si está combinada con el trabajo manual; lo engendra el principio del trabajo en cooperación; lo engendra la generalización del deporte convenientemente orientado. Si la milicia se basa en los grupos naturales, productivos profesionales, de la nueva sociedad, en las comunas rurales, los colectivos comunales, las uniones fabriles y profesionales, las cooperativas locales, las uniones deportivas ligadas al trabajo, todo ello vinculado por la escuela única, es indudable que semejante milicia será infinitamente más rica en espíritu “corporativo”, y de calidad muy superior, que los regimientos formados en los cuarteles.

El mismo Svechin conoce un ejemplo de milicia con “capacidad de combate”: la “Landwehr alemana” de 1813-1815, creada cuando Alemania entera estaba animada por un sentimiento común, existía una paz civil total, profesores y estudiantes engrosaban las filas del “Landwehr”, etc., etc. El profesor Svechin saca a relucir su ejemplo alemán para demostrar que una milicia apta para el combate requiere un alto nivel de desarrollo nacional. Lo cual debe entenderse, naturalmente, en el sentido de que el nivel del desarrollo nacional en la Rusia de 1919 es inferior al de la Alemania de 1813. ¡Resulta difícil imaginar una afirmación más monstruosa, más caricatural, más falsa históricamente! Unos cuantos miles de estudiantes alemanes bastan para ocultar a la mirada del profesor militar la ignorancia, la esclavitud política y moral de las masas obreras y campesinas de Alemania de comienzos del siglo XIX. Ese puñado de estudiantes, que Svechin identifica (por la natural inclinación intelectual burguesa de su mente) con el pueblo alemán, era infinitamente menos consciente que decenas y cientos de miles de obreros rusos avanzados. Esos estudiantes sabían, ciertamente, los verbos griegos irregulares, pero sobre las leyes que rigen el desarrollo de las sociedades humanas sabían menos que ciertos profesores de la academia militar. ¡Que ya es decir! El profesor

Svechin tiene razón cuando dice que en la Alemania de 1813-1815 no había guerra civil. Los elementos avanzados de la burguesía reflejaban entonces los intereses de todas las clases del pueblo alemán (las cuales estaban amodorradas o semiamodorradas) en la lucha contra los agresores extranjeros. Se trataba de una guerra de liberación; la burguesía desempeñaba un papel progresivo. Contaba con el apoyo activo o pasivo de las masas populares.

Pero poner en pie una economía arruinada, restablecer y desarrollar la industria, hacer que sus productos sean asequibles a los campesinos, establecer un intercambio económico justo entre la ciudad y el campo, abastecer al campesino en tejidos y herraduras, proporcionarle médicos, agrónomos y escuelas, que es la manera de asegurar la vinculación profunda de la ciudad y del campo, la unidad profunda de las masas laboriosas del país; lograr todo esto, requiere disponer de una larga tregua. En el curso de ella el proletariado eliminará las últimas secuelas del capitalismo, elevará la producción, asegurará la unidad del pueblo trabajador, y creará así las condiciones más favorables para el ejército miliciano.

Hay que elaborar y preparar a tiempo sus elementos técnicos militares, porque la milicia no se improvisa. Svechin tiene toda la razón cuando dice que las milicias alemanas de 1813 necesitaron año y medio o dos años para estar en plenas condiciones de combate. ¿Pero acaso esa milicia estaba organizada, preparada, basada en una seria instrucción militar de las masas populares? No, se basaba enteramente en impulsos, en improvisaciones. Quien vea la milicia bajo esa óptica es lógico que no crea en su capacidad combatiente. Pero la milicia no es improvisación. La milicia comunista y su precursora (la milicia de clase) deben ser preparadas y organizadas con toda la minuciosidad de un ejército regular.

Pero, ¿qué objeto tiene ese futuro ejército, puesto que “el gobierno soviético [como dice con sorna desplazada Svechin] ha prometido no hacer más guerras que las guerras civiles”? Ciertamente, nosotros “hemos prometido” no hacer guerras de rapiña, de agresión, imperialistas. No hemos servido, ni serviremos nunca, a los intereses de dinastías, de estamentos privilegiados o del capital. Pero esto significa que habiendo ajustado las cuentas a los explotadores y establecido el régimen del trabajo en su país, la clase obrera de Rusia defenderá este nuevo orden, con todas sus fuerzas, heroísmo y entusiasmo, contra las agresiones exteriores y, en caso de necesidad, acudirá en ayuda del proletariado insurrecto de otro país para facilitarle la victoria sobre su burguesía.

El curso de la revolución en Europa puede proporcionarnos una tregua de dos o tres años, y tal vez más. La previsión no es fácil porque los caminos de la historia en la época que comienza son todo menos rectilíneos. Al cabo de tres, cinco o diez años, el impulso revolucionario que hemos dado a occidente puede revertir contra nosotros en forma de una agresión del capital americano o del capital asiático japonés. Sobre la base del desarrollo y la consolidación del nuevo régimen social, necesitamos construir y fortalecer el nuevo sistema de fuerzas armadas, el ejército miliciano. Los cuadros nos lo proporcionará el actual Ejército Rojo. La utilización del cuartel será reducida al mínimo estrictamente necesario. La educación en el espíritu de la disciplina y de la solidaridad será asegurada por la nueva organización social, armoniosamente construida que se nutrirá de las ideas del partido comunista y les dará forma institucional.

Las burlas de profesor Svechin a propósito de la imperfección de la instrucción militar general no valen mucho más que las burlas de la intelligentsia filistea a propósito de las dificultades y contradicciones de la construcción comunista en las terribles condiciones de la guerra imperialista y del cerco mundial. En cambio, quedará inmortalizado el intento del académico militar de explicar nuestra adhesión a la milicia únicamente porque aún no hemos roto plenamente con la ideología de la Segunda

Internacional. Mucho tememos que el honorable profesor no se haya aventurado demasiado, sin darse cuenta, en un terreno desconocido; tenemos motivos más que suficientes para pensar que la diferencia entre la Segunda y la Tercera Internacional ha sido estudiada por nuestro autor en el marco de una cierta instrucción política general, con un programa muy reducido, de menos de noventa y seis horas.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es